

LA LINEA QUE UNE, LA LINEA QUE SEPARA

CON un dedo abre un poco la cortinilla que da al pasillo y acerca el reloj a la boca de la claridad. Son las cuatro. Por el hueco vé a dos hombres que van en el pasillo, los dos apoyan los brazos en la barra del ventanal. Están quietos, no hacen gestos con las manos, seguramente no hablan. Han limpiado con la mano en abanico el cristal empañado. Suelta el dedo.

A la marcha regular del tren se le une, sordos y monótonos, una porción de ruidos equilibrados. De vez en cuando el aire, como si se reforzara, parece querer arrastrarlo todo a su paso. El martilleo de las ruedas en las juntas de los railes, siempre al mismo compás, apenas si llega a romper el runrum del rodar.

Los espejos, en la penumbra, dejan escapar cortos destellos. Los viajeros se dibujan esquematizados; a su lado su hermano duerme reclinando la cabeza sobre el cojín cabecero. A continuación, un matrimonio descansa recostados el uno sobre el otro. En la otra banda, van dos hombres, y una mujer con su hijo, que echado a lo largo, tiene la cabeza en su regazo.

Llamándole suavemente en el brazo, despierta a su hermano. Le habla en susurros:

—Tú, despierta.

—Mmm..., ¿qué quieres?

—Son ya más de as cuatro.

—Déjame...



La noche es fría y brumosa. Las luces escalonadas a lo largo de la avenida reparten una luz tamizada y sin vida. En el silencio de la noche los pasos resuenan como un repiqueteo constante y comedido. De las calles adyacentes, de los huecos de entre casa y casa, le llega el viento frío y duro. Al fondo, sobresaliendo de las casuchas y hoteles de los alrededores de la estación, los altos semáforos reparten en torno suyo potentes conos luminosos. Un perro pasa delante de ellos con un trote desaliñado y el rabo entre las patas. Un tren mercancías silba tres veces. Poco más adelante, un perdido reloj da la hora: Una. Dos. Tres. Cuatro.

—Esas son las cuatro, ¿verdad? —dice la mujer.

—Claro.

El hombre busca su hora.

—Yo llevo las cuatro y cinco minutos. Tenemos tiempo de sobra.

Caminan por la acera resguardada de frondosos árboles. Ella, con una mano enguantada, se coge del brazo del hombre; en la otra lleva un paquete. El lleva las manos en los bolsillos. El aire viene cargado de carbónilla. Hace frío.

El tren en agujas y los ruidos y los golpes, desdoblándose, se hacen amenazadores. Los vagones marcan un vaivén brusco. El bramido que acompaña al empuje cesa como si una fuerza mágica lo hubiera cortado, y el tren parece quedar libre durante los segundos que median con la entrada de los frenos. Desde dentro, por los filetes de la ventana que quedan sin cubrir por la cortina, se ven aparecer y desaparecer las luces en guiños vertiginosos. Suavemente el rodar se hace mínimo. El tren termina por detenerse con un golpe que hace cabecear a los viajeros.

Se pone de pie y con cuidado intenta llegar hasta la ventanilla. Sin poder evitarlo, al corregirse para guardar el equilibrio, pisa a uno de los hombres.

—Perdone...

—¡Hombre de Dios! ¿Dónde ha tenido que ir a poner el pie.

—Perdone Vd.

Sube un poco la cortina. El vagón ha quedado distanciado del edificio de la estación. Inclinandose y pegando la mejilla al cristal se esfuerza



por ver el nombre de la estación que figura en un rótulo colgante. No lo logra. Vuelve al asiento. El hombre recoge los pies.

—Oye, no se puede ver el nombre, pillá mal.

—¿Es muy grande?

—No.

—Entonces no es ésta. Asomate a la puerta si quieres.

—¿Pero no iban a Madrid? —dice el hombre.

—Es que tenemos que ver a unos familiares.

La mujer está despierta. Le centellean los ojos en la oscuridad. El sale del departamento.

Poco después el tren comienza la marcha.

Faltan unos metros para cruzar la entrada de la estación. El tren que hay en el andén número 1, estirándose muellemente, como saliendo de un profundo letargo, comienza a andar.

—¿Ese a dónde va?

—A Bilbao. El de los chiquillos tiene que ser en otra vía.

Conforme desfilá el tren se va descubriendo el andén. Lo pueblan pocas personas; unas, a grandes pasos, desaparecen a los pocos instantes. Las más se agrupan en torno a grandes bultos.

—Vamos a cruzar por aquí.

El tren desaparece en la noche rodeado de luces rojas y azules. El viento se lleva el humo. Suelta un largo pitido.

Cruzan por el paso de maderas. Una vagoneta cargada con fardos de Correos les hace orillarse y esperar su paso.

—¿Sabes lo que falta?

—Si no trae retraso... un cuarto de hora o poco más.

—Hace frío, ¿verdad?

—Sientate aquí. Voy a preguntar si viene a su hora.

El andén va quedando desierto. En la puerta de la estación un hombre uniformado de azul y con una linterna en la mano hace señales. La mujer no ve a nadie más. Se oye el lejano chapoteo de una fuente. El hombre regresa pronto.

—Viene puntual. Es en la vía del otro lado. En la número tres.

—A las cuatro y media, ¿no?



—En punto.

—Allí son y cuarto todavía.

—Si quieres podemos ir donde despachan los billetes. Está más resguardado.

—Sí, será mejor. Hace una noche antipática.

Una fogosa máquina pasa arrastrando dos vagones por la vía que el tren de Bilbao ha dejado libre.

—————

Los dos hombres que van en el pasillo le dejan paso y llega hasta la puerta del vagón. La estación ya cae fuera de su ángulo visual. Se retira. Las luces del andén van haciéndose raras. El campo se convierte en una profunda masa negra. La luz del tren ilumina el ribazo de la vía. La marcha se ha hecho regular.

El revisor que acaba de aparecer por la puerta de comunicación con el otro vagón, le pide paso.

—¿Hace el favor?

—Oiga, ¿me puede decir la próxima estación?

Como una explosión irrumpe un tren que camina en dirección contraria. Por unos instantes todo parece desequilibrarse. Hay como un roce luminoso entre los dos trenes hasta que se hace un vacío detonante y el tren vuelve a caminar libre.

—Muchas gracias.

Vuelve a su apartamento.

—Schsss... es la próxima.

—No podía ser esa.

—¿Tú crees que habrán salido?

—Yo qué sé. En la carta no se lo dábamos por seguro, pero ya sabe cómo son.

—¿Qué falta?

—Unos diez minutos.

—¿Pero es que no va a haber forma de dar una cabezada? —dice el hombre que va despierto.

—Tú —continúa en tono más bajo— vete afuera y si los ves me avisas.



—Ya sabes que para poco. Doy con los nudillos en el cristal.

—Sí.

El hombre respira lentamente. Les mira todavía.

—Mira que si nos dejamos la caja de bombones en el aparador.

—Gracias que nos hemos acordado en la escalera. Siempre pasa lo mismo. Estás con ello en la mano y al final se tiene que olvidar.

Ella cuadra bien la cinta en los lados de la caja.

—Aquí todavía se puede estar, pero lo que es ahí afuera.

El no dice nada. Ella, dejando un silencio por medio, dice:

—Mira a ver lo que falta, que la salida la dieron hace ya rato.

—Tiene que faltar poco. Estaría bien que no viniesen en este tren.

—Pues en la carta lo pone bien claro.

—¿La has traído?

—Yo no, creí que la tenías tú. Se habrá quedado encima de la mesa.

—Vamos al andén que el tren no puede tardar.

El tren está entrando en la estación. El reloj señala las cuatro y media.

Abre la puerta y se asoma. Baja un pie hasta el estribo. El tren se detiene. Desde su vagón, el penúltimo, se ve todo el andén que comienza unos metros más allá. Frente a él hay un pequeño jardín.

Poco a poco, silbando, sale un vapor blancuzco y deshilachado que rodea el tren. En la parte cabecera del tren hay un ir y venir de gentes. La máquina pita dos veces y suelta humo que sale rugiendo. El tren, dudando, se mueve hacia atrás un poco.

El baja del tren y se separa unos metros. Un empleado de los Ferrocarriles, de rueda en rueda, pasa haciendo sus consultas con un martillo. El hombre lleva la gorra calada hasta las orejas.

—Tú, ¿se ve algo? —pregunta el otro hermano desde la escalerilla.

—¡Hombre!, te has dignado molestarte.

—Dí.

—Deja que suba. ¿Cómo habremos podido pensar que iba a salir con la noche que hace?



—No te separes.

—Mira a ver aquello, que parece que bajan.

El vapor que envuelve el tren difumina los cuerpos.

—¿Son esos?

—Ven.

—Es un señor mayor.

El maquinista tira de un colgante y suenan dos largos pitidos. Ellos le miran. Poco después de la chimenea se escapa una densa bocanada de humo.

—Que no han venido. Me lo temía yo.

—Vamos atrás, a lo mejor...

—Con los gases estos no se ve nada.

El tren se mueve un poco.

—Vete tú a saber dónde están —dijo el hombre, deteniéndose.

—Ese es de primera.

—Sí que es largo este tren.

—¿Qué dices?

—Nada.

Una mujer que lleva un maletín le pregunta al hombre:

—¿Sabe usted si hay maleteros?

—Claro que habrá, señora.

El tren, lentamente, comienza a andar.

—Esto es que no han salido.

—Cierra la puerta que esto anda ya.

Los dos se pegan al cristal. El tren va tomando velocidad. En el andén se ven grupos de personas.

—Mira a ver si estuvieran.

—Tú, ¿Son esos?

—Sí, es el tío.

—Y la tía. Mira.

—¿Qué vas a hacer? No abras. Si ya...



—Pues anda que la noche que se han dado. ¿Se les ve?

—No, ya no.

—Y que hace frío...

La estación se va quedando atrás. Las calles de la ciudad están desiertas.

—Cómo se les habrá ocurrido ir solo por delante.

—Ya no les veremos hasta Dios sabe cuando...

—Al tío ese que he pisado se le va a poner una cara de trompa que ya verás.

—Así aprenderá a viajar.

—Mañana les ponemos una tarjeta desde Madrid.

—Que no se nos olvide. Hacen el favor —los dos hombres les dejan paso—. Y ahora a dormir.

El tren entra en el puente metálico.

El tren pasa ganando velocidad. En un vagón se oyen cantos. Algunos vagones que dan al lado de los departamentos aparecen completamente a oscuras. En una ventanilla de una puerta hay una sieta de dos personas. El estertor fatigoso de la máquina se van perdiendo. El tren silba. El tren levanta un ruido metálico y bronco al entrar en el puente. La linterna roja del furgón de cola todavía se puede distinguir.

—Si los chiquillos vienen, seguro que les vemos.

—Pues en la carta dicen bien claro que pasaban.

—Toma la caja, que me voy a poner el cuello bien.

En las vías muertas varias máquinas ordenan unos trenes de mercancías.

El tren silba tres veces.

Los silbidos del tren, con el viento, apenas llegan a la estación.

